



EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11894

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
ño.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.
y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¿ES HORA YA?

Inglaterra concentra sus escua-
dras por lo que ocurrir pueda.

En el golfo pérsico y en el Es-
trecho de Gibraltar agrupa sus
acorazados, sus cruceros y sus avi-
os para lanzarlos en un momento
dado sobre el punto que le convenga,
si surgiera algún incidente des-
agradable que menoscabara sus
intereses en cualquiera de sus co-
lonias.

Desde el momento que el viejo
lobo de mar se muestra receloso,
es que abriga temores. Su mane-
ra de ser respecto a sus vecinos,
su ambición desmedida puesta a
cada instante de manifiesto y es-
pecialmente desde que pactó con
los Estados Unidos de América, le
hacen sospechar de los que fueron
siempre sus enemigos, no solo por
lo que éstos viligan aislados, sino
porque pueden hacer causa común
con ellos los que sin causa justifi-
cada fueron por ella mortalmente
agraviados.

Justificados están los recelos de
la Gran Bretaña. Si los rozamien-
tos que ha tenido en su vida con
las demás naciones, de las cua-
les ella y sobre ella es la culpable,
—no le hicieran suponer que hay
muchas gentes que la miran con
malos ojos, lo que está sucedien-
do con motivo de la guerra sur-
africana la pondrían al tanto de
las generales antipatías que se ha
creado. Rusos, alemanes, france-
ses, irlandeses, habitantes de Ho-
landa y de América y hasta subdi-
tos de la reina Victoria, acuden al
Transvaal a alistarse bajo las ban-
deras de Kruger.

Al contemplar la emigración cre-
ciente hacia el pequeño Estado; al
ver zarpar de los puertos de Ru-
sia los grandes trasatlánticos que
llevan a la guerra centenares de
voluntarios, organizados ya, y so-
bre todo, al contemplar sus tro-
pas batidas por los boers, dejando

en poder de éstos trincheras, po-
siciones, ciudades, armamento y
hasta lo que no se abandona más
que en casos extremos—los helados
—ha debido tener en cuenta si se
habría equivocado al pensar que la
campaña en que se encuentra me-
tida era fácil.

Si así lo cree se comprende su
agitación. De la campaña
contra los transvaalenses tiene enfren-
te a los boers, pero tiene también,
haciendo causa común con ellos, la
fuerza moral de casi toda Europa
y de una gran parte de la libre
América.

Inglaterra concentra sus escua-
dras porque habrá pensado que
con motivo de esa guerra puede
plantearse la cuestión famosa de
la lucna internacional, de esa con-
flagración tremenda que en dis-
tintas épocas y distintos lugares
ha amenazado al mundo y que si
no ha estallado ya, se debe a los
temores que abriga por su suerte
los que en ella habrán de ser acto-
res principales.

¿Es que ha llegado ahora el mo-
mento de liquidarlo todo?

La operación es peligrosa, pero
de uno u de otro modo que quede
resuelta ha de ser en perjuicio de
todos.

Eso la viene dilutando para jue-
go; mas ese luego llegará algún
día y piedad que éste sea el de ma-
ñana.

CANTARES

I
Los colores de mi cara
ya no me quieren salir,
no te vayas a creer
que me han salido por tí.

II
Obispos, gobernadores
y el Ayuntamiento junto,
van a declarar que eres
la mejor moma del mundo.

III
No me pondré ningún luto
porque de querirme dejas,
me pondré vestido nuevo
y repicaré en la iglesia!

IV
Que no deje de quererte
me aconsejan las comadres,
como si fuera posible
conocerte y olvidarte.

V
Todas las campanas juntas
no consiguen replicar
la alegría que yo siento
cuando a mí verita estás.

VI
El Padre Santo está triste
y no descansa un momento,
porque no ve la manera
de que tú y yo nos casemos.

VIII
Menos dura tu querer
que ese vaso de cristal;
jeres de un vidrio tan frágil
que no se puede tocar.

CURIOSIDADES



Armadura de D. Juan de Austria
Como todas las del tiempo en que es-
ta armadura fue construida, adolece de

sobriedad de adorno y de sobra de
peso.

Usóla constantemente durante algu-
nos años D. Juan de Austria, quien por
especiales circunstancias de su época
se vió precisado a luchar contínuamen-
te en los campos de batalla. El peso de
esta armadura es enorme.

El aniversario de Chopin

JORGE SAND Y CHOPIN EN MALLORCA

El Cronón artístico y literario eslavo
de París acaba de celebrar en el ceme-
terio del Padre Laohaise el 50.º aniver-
sario de la muerte de Chopin; el ilustre
polaco de origen francés, que fue el
más germánico de los genios musicas-
los. Este compositor habrá dado mucho
que pensar a los que crean en el atavis-
mo artístico, pues nada tuvo de la lu-
minosa y vívil inspiración francesa, y
aunque en su profunda melancolía hay
algo del carácter eslavo, fue sobre todo
la encarnación del romanticismo Ale-
mán.

Nacido en humilde cuna, pero pro-
tegido desde la infancia por grandes se-
ñores, el precoz intérprete de las obras
de Bach en el órgano y en el piano, que
a los veinte años había recorrido triun-
falmente toda Europa, vino a París en
1832, en plena voga romántica. Rápi-
damente conquistó en los salones
aristocráticos y en el mundo artístico
el egíptido puesto que había de ocu-
par hasta su muerte.

Pero lejos de ser feliz en medio de
sus triunfos, sufría horriblemente en la
persigación de un ideal que se alzaba
siempre de su alma soñadora. Su genio
era de una esencia tan etérea y delica-
da, que ni los críticos más expertos, ni
los analistas más hábiles han podido de-
finirle claramente.

Lista decia: «No osiero a explicar lo
que siento al oír las polonesas, los val-
ses, las mazurcas y sobre todo los pre-
ludios de Chopin ejecutados por él mis-
mo. Es un sufrimiento atroz y un pla-
cer delirante; es el más dulce de los en-
sueños y la más espantosa de las pesa-
dillas. Jamás el éxtasis y el dolor hu-
mano tuvieron semejante intérprete.»

¡Ay! en plena gloria, la abominable
tisis hizo presa en el delicado cuerpo
de Chopin. Los médicos le enviaron a
Mallorca, a donde le acompañó Jorge
Sand, que era una de sus admiradoras
más entusiastas.

Chopin era ferviente adorador de las
mujeres, de las flores y del sol; por
consiguiente se enamoró de España.

En Mallorca fué donde compuso sus
obras más sentidas, entre las cuales fi-
gara en primer término ese preludio en
que nos hace oír como caen de una en
una en el claro de la galoria las gran-
des gotas de lluvia que preceden a la
«Tempestad». Las nubes cargadas de
electricidad se acumulan. Pronto re-
tumba el trueno. Las cataratas del cie-
lo se abren y al estruendo de la tor-
menta, halla dolorosos ecos en el cora-
zón de Chopin.

«Comme l'âme s'émou-
t, comme les yeux écourent!
Et comme cette main
d'où les notes défontent
Tantôt dans la lumière
et tantôt dans la nuit,
Remue avec fierté
cet orage de bruit!»

Cesa la lluvia, Jorge Sand, cedido
hasta los huesos, vuelve a la habitación
donde dejó al artista y lo encuentra ale-
stargado. Pero ¡oh! esa página subli-
me, estaba escrita.

Cuando el sol resplandecia de nuevo
en el mar azul, en los jardines de na-
ranjos y limoneros, en las enramadas
de rosales y jazmines, Jorge Sand y
Chopin vuelven a trepar por la monta-
ña, ansiosos de contemplar una vez
más desde la serena altura los esplen-
dores de la naturaleza mayorquina.

«Car les bois et les champs
des sages seuls compria-
font l'éducation
de tous les grands esprits.»

Chopin volvió de Mallorca muy me-
jorado de salud, pero la vida agitada
de París le condujo rápidamente a la
muerte, acaecida el 17 de Octubre de
1849. Sus amigos, que conocían su afec-
to a las flores, cubrieron de rosas el lecho
mortuorio; el féretro y la tumba del
inspirado artista.

A. Salsay.

marqués de Orri, por una caricia de la cual se ha
quedado mudo, y el tío Manzampulas se macha co-
sa de esa dama que llegará dentro de poco.
—¿Quién es la superiora de las Ursinas de París?
—Si señor, doña María de Ayala.
—¿Qué poco misterio!
—Los misterios se cruzan, señor Alberoni, y aca-
da es importante, con tal de que los intereses que han
producido esos misterios os sirvan para lo pronto
puedeis contar con una no pequeña ventaja: la prin-
cesa de los Ursinos tiene siempre espías a los em-
bajadores de las potencias extranjeras, el os valeis
de un correo para enviar pliegos a vuestro sobera-
no, ese correo estará vendido a la princesa, y ella
conocerá antes que vuestro soberano el contenido de
los pliegos; ¿qué creéis que consigais con tanto
movimiento de embajadores que a cada paso son
reemplazados?
—¡Ah! perdí por temible tenía yo a la señora
de los Ursinos; pero no tanto como lo es.
—¿Y habéis enviado ya algún pliego importante a
vuestro amo?
—Aa no, porque no he tenido tiempo de ver
claro.
—Recead.
—Si, una carta bastante grave, dijo Alberoni; pe-

—Decididamente sois un personaje extraordina-
rio.
—Mas de lo que creéis.
—¿Pero y por qué, por qué vuestra situación ex-
traña?
—¿Qué queréis la princesa de los Ursinos me
atrae; necesito estar cerca de ella; no puedo darme
a luz en España; me envuelvo en el misterio, y vivo
como paco.
—Creo que no me engañais.
—No por cierto: me he propuesto servirlos leal-
mente, porque sirviéndolos consigo dos cosas: ven-
garne de la princesa de los Ursinos, y poder vivir
mediante a la buena recompensa que me dé vuestro
amo por lo que le haya podido servir, cerca de la
marquesa de Niva. Señora de las Nieves, sin pensar
sobre ella, y si es necesario, sin darme a conocer;
estoy cansado de una vida demasiado amorosa, y
quiero descansar.
—Y decidme: ¿puedo confiar de la misma manera
que en vos, en vuestros dos compañeros?
—De todo punto, señor Alberoni; Lucas Cabezudo
aborrece de muerte a la princesa y tiene necesidad
de dinero para ir a Méjico y vivir al lado de otra
noble señora a quien ha oído. El tío Manzampulas
aborrece de muerte, no solo a la princesa, sino al

fama, y una noche, por cierto muy oscura, un gen-
tilhombre fué a mi casa y me dijo:—Venid conmigo:
se os pagará bien: una noble dama que ha oído ha-
blar de vos a otras señoras, desea que la digais su
horóscopo.—Como yo nada tenía que temer, seguí
al gentilhombre, que me llevó al palacio ducal, en
el que me introdujo por los jardines. En un pabellón
de ellos, encontré a una hermosísima joven co-
mo de diez y seis años. No se leía de misterio:
yo la conocía como la conocía todo el mundo en
París. Era la princesa doña Isabel Farnesio, a
quien acompañaba una dama hermosísima de su
misma edad: la señorita Giovanna Casti: uno de
vuestros pajes, señor abate.
—¡Ah, diablo! exclamó Alberoni.
—Si, acabo de verla pasar, y a pesar de su disfraz
la he reconocido.
—Pues estaba bastante oscuro.
—¿Qué queréis; entre las raras cualidades que yo
tengo, una de ellas es la de ver de noche como los
gatos.
—¡Ah, no! vos debéis haberla visto en otra parte.
—Es verdad, no quiero negároslo: cuando anoche
fui a veros para ponerme de acuerdo con vos, en
una habitación anterior a la en que vos estáis me
crucé con ella: debe ser muy economista; porque a